

El libro de Menchu Gutiérrez es una apuesta por un lenguaje poético que se crea a partir de la tensión provocada por la combinación de elementos que plantean preguntas a partir de la tensión provocada por su combinación. ¿Lo extraño es lo exterior, lo ajeno? ¿Fuera de dónde, de qué, de quién? ¿Escribir la exterioridad presupone la interioridad, presupone una frontera, un límite? Lo que está al otro lado... ¿Podría haber algo de muerte si la muerte "anida en ti"? Da la impresión de que a través justamente de la muerte, exterior e interior se unen, confluyen, se confunden materializándose en una herida todavía húmeda, aparentemente protegida por "la coraza de los guerreros antiguos, / la costra del sentimiento animal". Por lo tanto, esta raíz funciona como un nexo pero también el símbolo de algo parecido a un trauma: raíz como el cordón umbilical

Al otro lado del poema Lucía Boscà

Lo extraño, la raíz
Menchu Gutiérrez
Madrid, Vaso Roto, 2015



CUANDO no quedan fuerzas para seguir viviendo, aparece el poema, lo extraño, la raíz. Todo aquello que no se sabe, aquello que no se comprende, permanece contradictoria y silenciosamente en un lugar inhabitable: el lenguaje poético. Y es que “no podemos ver aquello que no está oculto” (V. Holan), pero podemos sentirlo.

En este nuevo libro de Menchu Gutiérrez, *Lo extraño, la raíz*, el lector es testigo de la creación de un lenguaje nuevo. Igual que si los poemas fueran el reflejo de dos espejos enfrentados, nos van mostrando lo invisible, creando un mundo infinito y cambiante, aparentemente invertido, contradictorio: es imposible agarrar un poema dado que los reflejos van cambiando continuamente, abriendo los significados, multiplicándolos como si las palabras fueran números multiplicados por sí mismos, por sus raíces cuadradas, transformándose sobre un lienzo, dando como resultado un significado cada vez mayor. Son poemas inasibles porque son ellos lo que asen al lector.

El propio título nos anticipa el mundo que se nos va a presentar a través de la unión de elementos que plantean preguntas a partir de la tensión provocada por su combinación. ¿Lo extraño es lo exterior, lo ajeno? ¿Fuera de dónde, de qué, de quién? ¿Escribir la exterioridad presupone la interioridad, presupone una frontera, un límite? Lo que está al otro lado... ¿Podría haber algo de muerte si la muerte “anida en ti”? Da la impresión de que a través justamente de la muerte, exterior e interior se unen, confluyen, se confunden materializándose en una herida todavía húmeda, aparentemente protegida por “la coraza de los guerreros antiguos, / la costra del sentimiento animal”. Por lo tanto, esta raíz funciona como un nexo pero también el símbolo de algo parecido a un trauma: raíz como el cordón umbilical

a través del cual se nos transmite la vida, pero que también nos ata a una muerte segura.

Lo extraño es también lo extranjero: otro cuerpo, otra mirada, otro idioma. La raíz es el origen: el verbo, la búsqueda de una falta, el deseo. El otro es quien nos constituye, su mirada es la que nos hace tomar consciencia de nuestra propia existencia, siempre es un otro el que nos pone nombre, o más bien, quien nos entrega a un nombre al que pertenecemos para seguir existiendo. Extra es afuera y afuera es lo que no tenemos, la falta. Y el deseo se genera a raíz de esa falta, la que nos hace acercarnos a un otro, con el ansia de fagocitarlo para hacerlo nuestro, para acabar con las fronteras que nos mantienen a salvo pero también aislados, en soledad. El deseo existe sólo en la palabra dado que si llegara a realizarse dejaría de ser deseo: se define entonces desde su raíz por la imposibilidad de ser realizado. Podríamos decir que es una palabra lo que nos empuja a movernos, a emprender el viaje. Y así comienza este poemario, como empujándonos hacia el vacío. Desde el inicio sentimos que estos poemas, los recuerdos y los sueños están hechos de la misma materia.

El libro está estructurado en cinco partes: “Lo extraño”, “El río”, “La escalera”, “El tren”, “El dictado de la montaña” y “La nebulosa”. “Lo extraño” está compuesto por un solo poema en el que leemos:

[...]
Corregimos las voces,
las adecuamos a la noche,
manchamos de claridad la cama,
la luz nos oprime la negra garganta,
la música paga las velas,
las voces apagan la música,
lo extraño nos consume,
en su panal nos retiene,
[...]

Según Jung, en *El hombre y sus símbolos*, soñar con la escucha de una voz significa la aparición del “sí-mismo”, que representa un conocimiento que tiene sus raíces en los fundamentos colectivos de la psique. Lo que dice esta voz, en fin, no puede discutirse. Ya en este primer poema —que se puede leer como un acto de rebeldía contra el sistema establecido en el cual para poder vivir debemos hacerlo sin acceder al inconsciente— se asume la corrección de esa voz, o esas voces, y al hacerlo se accede a una memoria: la memoria colectiva. Ese acceso parece desarrollarse en mitad de la noche, como si se tratara de una viaje astral, en el que hay movimiento pero a su vez estatismo, y entonces el lector siente un desdoblamiento, o quizás, una división dolorosa.

Menchu Gutiérrez escribe el siguiente verso en el que merece la pena detenerse: “Somos tronco y somos ramas”. Esto podría remitir a la verticalidad del tronco y la impotencia de esas ramas que por más que crezcan nunca llegarán a abrazar a un

otro. Y que, en el caso de hacerlo, pueden acabar asfixiando o asfixiadas. Cuando menos, rotas. La verticalidad convierte lo de abajo en pequeño e insignificante, y nos mantiene en alerta como si fuéramos una “torre de control”. Esta torre tiene otro lado, ya que su construcción a modo de panóptico permite una visión completa pero que sea vista con facilidad, a modo de faro. Se puede afirmar que la verticalidad vertebra no solo el sistema en el que vivimos y respiramos sino también la composición de nuestro propio cuerpo. Pero también remite a las posibilidades y ventajas de ser árbol, vegetal. Como se ha dicho anteriormente, la verticalidad también puede ser un punto de referencia ya que desde la lejanía podemos verla y nos sirve de guía en los momentos de desorientación. Las plantas, además de custodiar nuestra vida a través del oxígeno que proporcionan, hasta donde sabemos, viven en una estructura no jerarquizada. Según Stefano Mancuso, neurobiólogo vegetal, durante el año 2011 se llevó a cabo un estudio en Canadá, dirigido por Laboratorio Internacional de Neurobiología Vegetal, en el cual se demostró que las plantas tienen nuestros sentidos y quince más. En esa investigación, se aisló a un abeto del acceso del agua y se vio que los abetos de su alrededor le pasaban sus nutrientes durante años para que éste no muriera. Por lo tanto, si tenemos raíz, somos tronco y ramas, cabe preguntarse... ¿hacemos acaso ese gesto con los otros, con nuestros otros, con nuestros ahogados?

[...]
Lo extraño,
lo extraño,
camino de la playa,
quizá antes del alba,
cuando recogen los cuerpos
de los ahogados
amantes,
ahora ahogados.
[...]

Antes de terminar con “Lo extraño”, es relevante destacar que dentro de esta primera estancia se nos señala a través del deíctico “aquellos”, esta extrañeza, el misterio. Se hace un recorrido en el que hay luz y oscuridad, angustia y aceptación, pero en el fondo late siempre una rebeldía (marcada a veces con una leve ironía) que añade potencia a la recepción del poema. Tras su lectura, el cuerpo del lector se estremece, preparándose para lo que está por venir.

La puerta de la siguiente estancia nos lleva hasta “El río”, donde con un solo poema, a través de un ritmo dinámico, el lector se zambulle en un espacio en movimiento. Los paralelismos, repeticiones y enumeraciones, presentes también en el resto del libro, están utilizados de tal forma que le confieren al poema una serie de oscilaciones armónicas que podrían remitir al vals. O, incluso, al momento en el que un pintor, pincelada a pincelada, va coloreando un lienzo. La velocidad está presente en este río pero todavía no hay violencia en ella. El río tradicionalmente simboliza la vida pero también es símbolo del inconsciente colectivo y de su fluir

constante. Este río remite a un colectivo fisurado, fluye de forma discontinua en conversación con nuestros muertos, con nuestros miedos. Podría hablarse de una actualización del río Aqueronte, el mismo que cruzaron Virgilio y Dante para llegar al infierno. Antes de acceder a él tuvieron que atravesar una puerta en la que se leía: “Abandonad toda esperanza, aquellos que entréis aquí” y Menchu Gutiérrez escribe:

[...]
Hay otro río en el paisaje de los muertos,
otra esperanza muerta que corre,
otro pozo derramado que fluye.
El camino abarca la esperanza del río,
en parte alguna vemos márgenes,
el mensaje de los muertos se pone a cantar,
sale de la tierra y del agua
como de nosotros las letras,
[...]

A lo largo de este poema, casi canto, el paisaje que se dibuja está formado por múltiples reflejos, las ramas en el agua, el agua en el cielo. Esa superposición nos hace cuestionarnos qué es la realidad, qué es adentro y qué es afuera, y remitiendo indirectamente al mito de la caverna, se nos presenta un extraño dolor al comprobar que las luces están afuera. El dolor nace al pensar que quizá las necesitamos más que por su propia luz, por los reflejos que de ella se crean, y que nos ayudan a sostenernos, a apoyarnos en ellos, como hacen los pájaros que yacen muertos en el río al romper los límites entre la vida y la muerte, lo interior y lo exterior, apoyándose sobre el reflejo de la rama. Tan real como real quiera hacerlo quien lo contempla:

[...]
Se aparecen los pájaros en sus ramas,
salen del río y se proyectan
en los brazos de madera y viento,
viento en la madera y en tus ojos,
ojos del instrumento que nos mira.
[...]

La tercera parte del poemario de Gutiérrez podría haber sido extraída del *Paraíso*, cuando Dante dice: “vi yo una escala erecta hacia arriba”. Pero “La escalera” que nos presenta Menchu Gutiérrez es mucho más compleja, y poco tiene que ver con la escalera de Jacob, por la que los ángeles de dios suben y bajan, y que sirve, pues, de nexo entre el cielo y la tierra. Sería poco decir que esta escalera es el mecanismo por el cual se accede al inconsciente. Es, o puede que sea, algo más, mucho más: la representación improbable de la subversión. Y así comienza:

Subíamos al sótano
y bajábamos al ático.
[...]

Subvierte el espacio, la verticalidad ha sido destruida por la confusión de los ejes de orientación, lo que está arriba no puede ser bueno y lo que está abajo deja de ser malo porque no hay arriba y abajo. Subvierte el tiempo que [...] “llegó tarde” y el orden, el principio y el final se confunden, volviéndolos casi imposibles, necesariamente reversibles, intercambiables. Combinando versos largos con versos más cortos se vuelve a crear la sensación de movimiento, pero esta cadencia va y vuelve de tal modo que finalmente semeja mantenerse siempre en el mismo punto. Como si un cansancio hubiera apresado al compás. Esta escalera, imposible de imaginar (en el caso de hacerlo posiblemente se estructuraría en forma de caracol o quizás mejor podríamos describirla como la cinta de Moebius) es un espacio inexistente. Al interior de esta utopía, la descripción de los elementos (“polvo”, “luz”, “musgo blanco”, “nieve”, “fuego”, “lluvia”) acogen al lector más que en la casa que Gutiérrez traza, en un paraíso extraño, inquietante, en el que nacemos para morir y morimos por haber nacido, donde calor y frío se entremezclan formando un círculo en cuyo centro se encuentra de forma difusa el amor. Después de acariciar con los dedos de los pies descalzos todos los escalones, el lector sospecha que los peldaños los recorre incesantemente “el graznido humano” causado, quizá, sin ir más lejos, por su propia ceguera.

Tras subir/bajar “La escalera” subimos en “El tren”, (constituido por un solo poema, el más breve) cuyos raíles conforman “la escalera horizontal [que] se sube y se baja”. Este tren podría ser símbolo del inconsciente colectivo, cualquiera de los viajeros carece del poder de control sobre la conducción del mismo, por lo que nos obliga a dejarnos llevar, arrastrar, inmersos en una velocidad esta vez incómoda, violenta. Pero parece que en el lenguaje se oculten todas las respuestas, que éstas se hallen en “las felices palabras que significan otras palabras”. Y para descifrar estas palabras primero hay que escucharlas.

En “El dictado de la montaña” se nos dicen muchas de estas palabras difíciles de oír. En la medicina china tradicional, sobre en los trabajos de Dong Zhongshu, se estableció una correspondencia entre el cuerpo humano y el cosmos según la cual el río correspondería a los humores del cuerpo humano, y la montaña al esqueleto. Pero lo importante no parece lo que vemos, no es ese esqueleto, sino lo que está al otro lado de él. Y es que los poemas en prosa que vertebran el cuerpo poético de esta parte llevan todos por título palabras a cuya raíz se les suma el prefijo “trans”. Estos títulos están escritos entre paréntesis, como si fueran susurros, como si no quisieran molestar al lector escondiéndose tras estos paréntesis, para que se pueda llegar a ver lo que realmente importa, lo que está detrás. Pero si previamente el espacio ha sido subvertido en sus ejes de referencia, ¿desde dónde mirar al otro lado? Lo único que permanece, incluso después de haber sido masticado, es el lenguaje. Y el lenguaje es todo. Y después de escuchar el dictado entendemos que todo tiene su raíz cuadrada, todo es todo más su otro lado.

Finalmente, el libro se cierra con “La nebulosa” y ésta comienza del siguiente modo:

Quizá porque intento entenderla
hace frío en la nebulosa;
tal vez si no buscara en la materia negra
la nebulosa me cubriría como una sábana de luz.
[...]

Da la impresión de que hay una búsqueda, un retorno al origen imposible, esa nebulosa incomprensible, opaca, cambiante. En ella, sueño y realidad se confunden y parece que hable una voz solitaria que sin saberlo, ya lo sabe y ha visto todo. A pesar de su escritura en presente, el lector siente que el pasado y el futuro asfixian a ese tiempo, como si el fin hubiera llegado, y el principio también. Siente quizá que son palabras escritas en el diario de a bordo de un solitario navegante que deambula perdido en medio del espacio, buscando un lugar, el suyo.

Para terminar, hay que añadir que *Lo extraño, la raíz* de Menchu Gutiérrez es un libro inabarcable, en el que cada relectura ofrece nuevas sensaciones, nuevas visiones, recordando a cada momento que la ceguera es una condición propia de la lectura. La singularidad de las imágenes y metáforas que van brotando le otorgan a este libro una extraña (rara o poco frecuente) y dura belleza, que quien quiera puede comprobar adentrándose hacia el otro lado.